

Cultura de errores y silencios

CATALINA URIBE



EL COLAPSO DEL PUENTE DE CHIRAJARA produjo, además de tristeza e impotencia, una gran indignación. Pero como sucede con la mayoría de nuestras tragedias, poco esfuerzo se ha destinado a pensar la naturaleza del problema, y mucho se ha gastado en señalar a posibles culpables. Y no porque no se necesite encontrarlos, sino porque de nada sirve tener a todo el mundo de juez y verdugo y luego olvidarnos de qué fue en últimas la verdadera causa de la tragedia.

Ya hay varios atacados. Primero el presidente, luego el ministro de Transporte, después Coviandes, la Cámara Colombiana de Infraestructura y finalmente la profesión de ingeniería. Aunque lo cierto es que errores como estos se replican todos los días en todos nuestros proyectos colectivos, la culpa hoy resulta que es de los ingenieros.

Claro, no todos los errores implican muerte de personas, ni todos son tan descomunales como la caída de un puente, que casi que escenifica la confianza nacional en sus instituciones. Pero todos esos errores tienen el mismo desarrollo: abundan las acusaciones y desaparecen los responsables. Y lo cierto es que a medida que el país crece, crece también la lógica burocrática de culpar al del lado, o peor, de culpar "al sistema", ese indefi-

nido responsable que no es nadie y que exige a todos de tener que limpiar el desastre.

No hace mucho se estrelló en Medellín el avión del Chapecoense, porque, al parecer, el piloto no quiso admitir que se iba quedando sin gasolina. Es fácil que todos encontremos un ejemplo de una situación que, si bien no es tan escabrosa, escaló porque nadie se atrevió a aceptar su falla a tiempo. Así bien, los jefes, absolutos e intermedios, tienen que asumir responsabilidad así no tengan la culpa, pues por algo son jefes, y tienen que crear una cultura en la que sea más grave callar un error que cometerlo. Es el silencio simplón, no de un gran secreto o de un gran complot, sino de un pequeño error, de una pequeña corrupción, lo que nos tiene atrapados en una mediocridad que ni nos acaba, ni nos levanta.

Fe

JOSÉ FERNANDO ISAZA



FE ES CREER EN ALGO QUE CONTRADICE el sentido común y la información que procesa el cerebro. La fe es indispensable para las religiones, creer en seres que levitan, dioses que interactúan con los hombres y participan directamente en guerras; seres que pueden detener en un instante la rotación de los planetas sin causar cataclismos, que violan los principios de conservación de la materia y la energía. Profetas que se van al cielo en naves especiales. Otro componente básico de la religión es el milagro y la fe para creer en él. Esta creencia puede dificultar el desarrollo de la ciencia, es aceptado que para la ciencia no hay verdades ni principios inmutables, que cualquier concepto puede ser modificado si un experimento muestra que los resultados no se ajustan a lo observado. Si durante una medición aparece un milagro que interfiere con el experimento, ¿cómo saber si la ley científica hay que modificarla o sigue siendo válida siempre que no haya una intervención sobrenatural?

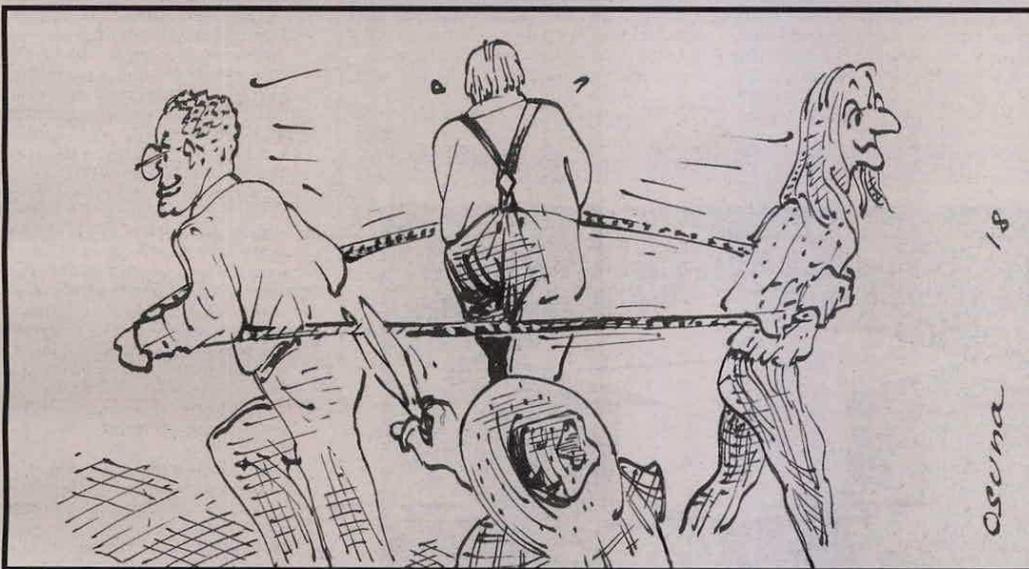
En el siglo XIX estuvo de moda la teoría del "vitalismo", la cual afirma que la vida es una forma especial de fuerza. A principios del siglo XX, sir Arthur Eddington, quien realizó los primeros experimentos para probar la teoría de la relatividad general, creía en el pampsiquismo, que plantea que la materia está inmersa en una fuerza espiritual y que esta permea tanto la materia viva como la inanimada.

La ciencia y las religiones le dan gran importancia al concepto de "fuerza". Hasta mediados del siglo XIX, la física postulaba que sólo había una fuerza, la gravedad. Con el desarrollo del electromagnetismo se consideran dos fuerzas fundamentales: la gravedad y el campo electromagnético. En el siglo XX, los desarrollos en el conocimiento de los componentes del átomo llevan a postular cuatro fuerzas: gravedad, electromagnética, fuerza débil (que explica la desintegración espontánea de los átomos) y fuerza fuerte (que explica por qué el núcleo no explota en un instante). No aparece ninguna fuerza de características espirituales.

Los productores de la *La guerra de las galaxias* emplean con gran éxito el concepto místico y religioso de la "fuerza"; es clara la aparición de las fuerzas del bien y del mal, y los *jedis* son los profetas de las fuerzas del bien. No plantean en su religión la existencia de dioses del bien y del mal, sino el concepto de "fuerza", que no es un dios sino una idea espiritual, una energía que en el caso de ser la fuerza buena permea todo y mantiene el orden en el universo. La fuerza mala son los *siths* y su profeta Darth Vader. Muchas personas ven en la saga una "verdad religiosa". Esto no es de extrañar, el fundador de la religión denominada cienciología, Ron Hubbard (1911-1986), era un escritor de cuentos de ciencia ficción. Declaró a un grupo de seguidores, no solo por razones religiosas sino también económicas, que no era simple imaginación lo escrito, sino una verdad revelada.

IA News informó que en el censo de 2001 en el Reino Unido se le preguntó a la población qué religión profesaba: más de 300.000 personas respondieron que su religión era la de los *jedis* y su dios la "fuerza": fue en ese momento la cuarta religión más profesada. En el censo de 2011 descendió al séptimo puesto, durante el 2001 y el 2011 no hubo muchas películas de *Star Wars* . Es de esperarse que con las nuevas realizaciones mejore la posición de la religión "fuerza" y así lo muestre el censo del 2021.

Osuna



Candidatos del No, un tris atirantados

La ética tiene que ver con todo

YOLANDA RUIZ



EN MEDIO DE TODOS LOS COMENTARIOS que se han escuchado tras el colapso del puente en la vía Bogotá Villavicencio me quiero detener en una idea que deja sobre la mesa el presidente de la Sociedad Colombiana de Ingenieros, Argelino Durán Ariza, cuando dice que uno de los elementos importantes para tener en cuenta siempre es la ética que debe ser valor fundamental en el trabajo de ingeniería.

Da en el blanco el ingeniero cuando pone el foco en la ética que a veces parece un asunto de otras épocas. La palabra suena a un arcaísmo y para muchos levantarla como bandera tiene un tinte de ingenuidad o hasta de estupidez. Lo escribía en otra oportunidad en este espacio: a los que quieren hacer lo correcto los tildan de "bobos". Creo que la ética debe ser valor fundamental en todas las profesiones y que es hora de ir rescatándola del olvido.

Reflexiones éticas tenemos que hacer todos porque pareciera que una sociedad mediada por el consumo, el narcisismo, la búsqueda de dinero fácil y de fama instan-

tánea, nos ha dejado en el escenario en el que todo se compra y se vende, empezando por las conciencias.

Reflexiones éticas tienen que hacer los contratistas y los funcionarios públicos que nos han sumido en una crisis de corrupción que nos hace perder la esperanza y ha minado la confianza de los ciudadanos en sus instituciones. Aunque algún abogado mediático considere que la ética no tiene nada que ver con el derecho, reflexiones éticas tienen que hacer los abogados, los jueces y magistrados cuanto tenemos a nuestra justicia revoleada en el mismo fango de los politiqueros y delincuentes. Lo decía el procurador Fernando Carrillo en una columna en *El Tiempo* : "Recuperamos la ética o el país se derrumba".

Reflexiones éticas, y muchas, tenemos que hacer los periodistas que tenemos en nuestras manos el manejo de la agenda pública. ¿Estamos haciendo bien nuestra tarea en esta era de mentiras virales? ¿Estamos pensando en el país y en el impacto de nuestras informaciones o solamente en sumar audiencia? ¿Dejamos de lado los intereses personales cuando hablamos ante un micrófono, una cámara o escribimos en un periódico o en un portal?

Reflexiones éticas tienen que hacer los candidatos que aceptan respaldo de políticos corruptos y los votantes que no asumen con responsabilidad el poder de un voto y lo

venden al mejor postor. No podemos seguir viviendo en una realidad política marcada por máximas como "voten proyectos mientras los meten a la cárcel" o hagan campaña mientras son capturados.

En buena hora el debate sobre la ética comienza a escucharse y necesitamos aquí las luces de los académicos y los educadores para ver cómo se puede dar la vuelta y rescatar esos valores que perdimos en el camino. El profesor Moisés Wasserman decía que no se puede enseñar ética como cátedra en una universidad y tiene razón, porque el asunto viene desde la primera infancia, pero urge encontrar un camino que nos permita construir una nueva manera de relacionarnos como ciudadanos. Las leyes no son suficientes, tenemos que lograr un compromiso individual con el respeto a los otros y asumir con seriedad la responsabilidad en todo lo que hacemos, sea grande o pequeña la labor.

Se necesitan normas y sanciones, pero, más que eso, urgen valores que van más allá de aquello que las leyes pueden castigar. Y el rescate de la ética pasa hoy por aprender a decir no cuando todos dicen sí o atrevernos a tomar el camino difícil hacia nuestra metas individuales. El rescate de la ética pasa por sentirse parte del problema y de la solución: salir del interés mezquino individual inmediato para pensar en cómo nuestras acciones personales construyen o destruyen sociedad.